

# La devoción a Jesús y la singularidad de su humanidad

Gabino Uríbarri

*Uno de los logros mayores de la cristología elaborada tras el concilio Vaticano II y de su posterior transmisión hacia la comunidad cristiana mediante la catequesis y la predicación ha sido, sin lugar a dudas, la recuperación de la humanidad de Jesucristo como dato teológico que configura de modo constante la fe de la comunidad creyente. Tal resultado se debe, sin duda, en gran medida a los estudios históricos sobre Jesús. Sin embargo, cabe preguntarse si tal asimilación ha sido lograda en todas sus vertientes.*

Uno de los elementos diferenciales del cristianismo<sup>1</sup> es la devoción a Jesús, desarrollada ya entre los años treinta y cinco y cincuenta, incluso muy posiblemente entre treinta y cinco y cuarenta<sup>2</sup>, teniendo presente que Jesús muy probablemente murió en el año treinta. Sin embargo, algunas prácticas bastante asentadas en comunidades y grupos cristianos diversos parecen mostrar cierto déficit en

<sup>1</sup> Una presentación de conjunto en A. VARGAS-MACHUCA, *El Jesús histórico. Un recorrido por la investigación moderna*, U. P. Comillas, Madrid, 2004. Continúo y complemento la reflexión iniciada en G. URÍBARRI, «A vueltas con la cristología ascendente», en ÍD., *Teología y nueva evangelización*, Desclee-U. P. Comillas, Bilbao-Madrid, 2005, 145-221, esp. 146-166.

<sup>2</sup> L. W. HURTADO, *Lord Jesus Christ. Devotion to Jesus in Earliest Christianity*, Eerdmans, Grand Rapids (Mi) 2003.

la expresión de esta devoción tan cristiana y tan propia de los creyentes en el Señor Jesús.

Metodológicamente, seguiré la intuición de fondo de Rahner, que aconsejaba al teólogo sistemático atender a la praxis pastoral con estas palabras:

*«Habría que preguntarse con más rigor y sistemáticamente qué idea se forman propiamente de Cristo el cristiano y el no cristiano medios, sea para “creer” en ella, sea para rechazarla como no digna de fe. (...) Habría que preguntarse después cuáles son las formulaciones dogmáticas, sea en las declaraciones oficiales, sea en la catequesis y predicación ordinarias... que, al ser mal comprendidas, han dado y siguen dando motivo a tales cripto–herejías pre–intelectuales de la cristología»<sup>3</sup>.*

Por eso, comienzo por una fenomenología de la vivencia de la devoción a Jesús, rastreando sobre todo la caracterización de su humanidad.

### La celebración eucarística

Empiezo por la eucaristía porque me parece de una gran relevancia, debido a su centralidad en la vida cristiana,

---

<sup>3</sup> «Problemas actuales de cristología», en *Escritos de teología I*, Taurus, Madrid, 1961 (or. 1954), 167-221, 221. En un sentido semejante A. TORNOS, «Voces de la cultura entre los ejercitantes de hoy», en *Manresa* 275 (abril–junio 1998) 129-147, ha hablado de «voces mudas» en la cultura, que se han de tener muy presentes.

recordada por el papa Juan Pablo II<sup>4</sup> en su última encíclica. Ante algunas formas de celebrar la eucaristía, la Cena del Señor, uno se pregunta a veces qué es en realidad lo sustancial que se está viviendo, cuáles son los momentos álgidos, centrales y portantes de la celebración. En el modo de celebrar una comunidad se puede poner mayor atención bien en compartir cómo nos ha ido en la puesta en marcha del proyecto de Jesús, en el que estamos embarcados, o en conmemorar que el Señor ha dado su vida por nosotros y nos conformamos con su misterio pascual<sup>5</sup>. Evidentemente, ambos aspectos forman parte objetivamente de lo que celebramos.

En la eucaristía nos confrontamos con la Palabra del Señor y con el memorial de su vida, de su entrega y de su modo de presencia entre nosotros. De tal modo que tanto la liturgia de la palabra como la misma liturgia eucarística suponen automáticamente un confrontarse con el misterio de Cristo, para poner nuestra existencia y nuestra praxis a tono con nuestra fe. Y, por supuesto, rememoramos el misterio de la muerte y resurrección del Señor por nosotros y nuestra salvación, a la vez que recibimos sacramentalmente su cuerpo y su sangre que nos configura con Él.

---

<sup>4</sup> *Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003).

<sup>5</sup> Sobre esta segunda perspectiva, unida al aspecto apostólico, cf. P. H. KOLVENBACH, S.J., *Sobre la eucaristía* (15 de febrero de 2006).

Sin embargo, en el modo concreto de celebrar se dan énfasis subjetivos. Hay veces que lo importante (o lo más importante) es más bien este compartir, pues ahí se plasma el elemento comunitario de un modo privilegiado. Además, la fe se expresa en ese examen compartido, en traer la vida del día a día a la eucaristía, en la búsqueda de una lectura de la realidad con los ojos y los sentimientos de Jesús. Este elemento es muy valioso; ayuda al discernimiento y a la construcción comunitaria. En estos casos, el resto de la celebración, una vez vivida la intensidad del compartir, corre el peligro de transcurrir de modo plano y monótono hacia el final, solamente interrumpida por la algarabía festiva que suscita el rito de la paz.

Ahora bien, la comunidad cristiana en definitiva vive de la Palabra y del Sacramento. ¿Qué añade la liturgia eucarística a la liturgia de la palabra en este tipo de celebraciones? ¿No se estaría celebrando exactamente lo mismo sin la presidencia de un ministro ordenado, sin la consagración y sin la comunión sacramental? Pues los otros elementos se pueden dar perfectamente en una paraliturgia que no sea una celebración eucarística: lectura de la Palabra, puesta en común, compartir, confrontación del día a día, peticiones, algún canto, abrazo de paz.

Dicho de otra manera y más simplísticamente: en una celebración eucarística tanto el momento de la liturgia de

la palabra como el de la liturgia eucarística son fundamentales y densos. Si el segundo no lo es o tiene mayor dificultad para vivirse con intensidad, sospecho que se da un déficit de devoción a Jesús, a su entrega final por nosotros y a su presencia resucitada. De él se admira su caminar histórico y su proyecto, pero no se alcanza a es-

---

*de la mano de la maravillosa  
recuperación de la historia de  
Jesús como un factor relevante  
para la fe y para la comunidad  
cristiana, en algunos ambientes,  
hemos recortado la confesión  
cristiana, sin darnos cuenta*

---

tremecerse ante el sacrificio redentor con el que sella y consume su vida. La imagen de Jesús que predomina está imbuida de la predicación del reino, pero no se sabe conectar bien el ministerio de Jesús en torno a la llegada del reino, con su muerte en cruz y posterior resurrección.

Incluso algunos estudios sobre Jesús se centran tanto en el reino, como lo que configura su persona tan por entero, que no le otorgan un puesto explícito a la resurrección<sup>6</sup>. El estudio

---

<sup>6</sup> Así lo hacen J. GNILKA, *Jesús de Nazaret, mensaje e historia*, Herder, Barcelona, 1995; J. SOBRINO, *Jesucristo liberador. Lectura históri-*

histórico sobre Jesús no alcanza a considerar la resurrección, que en cuanto tal no es accesible al historiador que prescindiera de la fe.

Estos aspectos se reflejan en los grupos apostólicos en el modo concreto de celebrar: si hay silencios densos de presencia, de adoración y se favorecen o si la palabra y el gesto explicado lo fagocitan todo; si la celebración frecuente de la eucaristía es un valor central del que brotan las energías para la actividad apostólica o si lo primero es el compromiso por el reino, relegando la eucaristía a aquellos momentos en los que «no interfiera con las urgencias del reino».

### **Modos de hablar acerca de Jesucristo**

Los primeros cristianos definieron su identidad afirmando expresamente que Jesús de Nazaret es el Cristo (el Mesías de Dios), el Hijo de Dios, el Señor. No hay identidad cristiana sin la confesión de fe en Jesucristo. Ciertamente el nombre de Jesús es muy rico en contenido, pues ya en su mismo nombre se preanuncia todo el misterio de Cristo. Así, en el evangelio de Mateo se nos dice: «*José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, pues lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.*

*Y parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, pues él salvará al pueblo de sus pecados*» (Mt 1,20-21; cf. Lc 1,31-33). Detrás de esta explicación resuena la etimología, pues Jesús significa «Dios ayuda, Dios es salvación»<sup>7</sup>. Sin embargo, la confesión cristiana no se quedó simplemente en llamar al Nazareno «Jesús», por más que haya mantenido esta designación. La compañía de un conjunto amplio de títulos de majestad, con los que expresa la dignidad, el ser y la obra de Jesús de Nazaret, y se interpreta el sentido profundo y verdadero de la historia terrena y el ministerio público de Jesús como la historia santa de Dios con nosotros (Enmanuel).

De la mano de la maravillosa recuperación de la historia de Jesús como un factor relevante para la fe y para la comunidad cristiana, en algunos ambientes hemos recortado la confesión cristiana sin darnos cuenta. Frente a la plétora de títulos y designaciones para expresar la riqueza, la profundidad y la maravilla de la obra de Cristo y de su persona, nos reducimos al jesusismo: es decir, a designar a nuestro Señor siempre y exclusivamente como Jesús. ¿Se recoge entonces con suficiente conciencia y solera, y moldea de modo efectivo la vivencia de la fe, que Jesús es el Señor de vivos y

---

co-teológica de Jesús de Nazaret, Trotta, Madrid, 1991. Gnlika ha sido miembro de la Comisión Teológica Internacional.

<sup>7</sup> Cf. G. SCHNEIDER, «Ἰησοῦς», en: H. BALZ y G. SCHNEIDER (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1996, I, c. 1971-1986.

muertos, que es el Mesías esperado de los tiempos, el Hijo de Dios vivo, el Juez de vivos y muertos, el Salvador de los pecadores, el Primogénito de toda la creación, el Recapitulador de toda la historia, el Alfa y la Omega, el Hijo unigénito del Padre, el Primogénito de los muertos, el buen Pastor, el único sumo y eterno Sacerdote, que la historia de su caminar entre nosotros es santa porque él es el Santo de Dios, etc.?

También los investigadores del cristianismo primitivo, judíos y agnósticos, que se detienen en la figura del fundador del cristianismo le llaman «Jesús de Nazaret», pero no se adhieren a Él ni le confiesen como el Hijo de Dios vivo. Los evangelios mismos incluyen los títulos de majestad de Jesús dentro de su misma narración. Con relativa frecuencia en las escenas hay personajes que al acercarse a Jesús se postran ante él (*proskynesis*), con un gesto de respeto y de adoración. El evangelio de Juan nos conduce hacia la exclamación final de Tomás, como figura de todo futuro discípulo: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). El mero jesusismo no es expresión inequívoca de la devoción a Jesús.

### Modo de entender y vivir la misión

El modo de vivir la misión, la actividad apostólica, el compromiso puede revestir también diversas posibilida-

des. Puede darse el caso de que conquistado y fascinado por el proyecto de Jesús, uno decida participar en él. Una vez imbuido de estos valores, luego se intenta poner en práctica lo que se ha entendido que está en consonancia con el proyecto de Jesús. Ahora bien, la pregunta fundamental es: ¿se trata de la misión y del proyecto propio o de la misión del Señor Jesús y con Él, que Él me encarga?

Si leemos los relatos de llamada y de discipulado, es Jesús siempre quien toma la iniciativa en la llamada. Invita a participar en su misma misión: anunciar la llegada del reino de Dios y atestiguarla con signos: curar enfermos y expulsar demonios (compárese, por ejemplo, Mc 1,14-15; Mt 4,17.23-24; 8,16; Lc 4,40-41 con Mc 6,12-13; Mt 10,7-8; Lc 9,1-2). Por tanto, el seguimiento no consiste en establecer un proyecto, sino en continuar con Jesús su misión, tal y como aparece con más claridad en los relatos de apariciones, que contienen un fuerte componente misionero<sup>8</sup>. En los relatos de llamada abundan los pronombres personales que se refieren al mismo Jesús: ven conmigo, sígueme, detrás de mí<sup>9</sup>. De tal manera que la

<sup>8</sup> Cf. G. URÍBARRI, *El mensajero. Perfiles del evangelizador*, Desclée-U. P. Comillas, Bilbao-Madrid, 2006, 19-34.

<sup>9</sup> Cf. M. GESTEIRA, «La llamada y el seguimiento de Jesucristo», en J. M. GARCÍA-LOMAS y J. R. GARCÍA-MURGA (eds.), *El seguimiento de Cristo*, PPC-U. P. Comillas, Madrid, 1997, 33-72, 37.

llamada al seguimiento no radica en trabajar en un proyecto, sino en adherirse a una persona y, con ella, compartir su misión.

Ahora bien, esto implica entonces que el cristiano vive sus afanes apostólicos como encargo del Señor, en su Nombre y con Él. Y esto marca no solamen-

---

*la devoción a Jesús perfora los acontecimientos de la historia de Jesús para contemplar en ella su amor por nosotros; así, la Cena y la Cruz provocan la devoción, pues se perciben como escenas densas de amor que se desborda, se dona y se derrama*

---

te un tono general, sino un modo de conducirse, de tomar decisiones, un estilo, un modo de integración de los éxitos y los fracasos. No se trata nunca simplemente de que «el proyecto» salga adelante y de «evaluarlo» objetivamente, sino de crecer en medio de ello en la identificación con Cristo Jesús. El apóstol Pablo se afianza en Cristo y en su conocimiento tanto en la cárcel, aherrojado en cadenas<sup>10</sup>, como cuan-

---

<sup>10</sup> Cf. G. URÍBARRI, *Portar las marcas de Jesús*, Desclée-U. P. Comillas, Bilbao-Madrid, 2007, 157-71 («El peso de las cadenas del evangelio»).

do la Palabra se extiende entre los gentiles por la fuerza del Espíritu. La devoción a Jesús cobra sentido cuando la relación con Él se entiende como configuración realizadora de la propia persona e identificación total, yendo mucho más allá del entusiasmo con su proyecto hasta alcanzar la adhesión incondicional a su persona.

Por eso, el modo adecuado de vivir la misión es acompañarla del discernimiento orante (P.-H. Kolvenbach, S.J.), que vuelve continuamente a poner la mirada en el Señor como la Fuente de la misión y como quien envía en su Nombre, para que seamos las manos, los pies, la boca de su cuerpo ardiente de amor hasta la muerte.

### **Presencia de la cruz y la resurrección en la relación personal con Cristo**

Profundizando un poco más, si lo que da vigor y consistencia interna a un modo de vivir la fe cristiana es el proyecto de Jesús, iluminado y refrescado por los valiosos estudios del Jesús histórico, entonces se tiende a que la cruz y la resurrección no ocupen un puesto prevalente ni configurador. No es que se nieguen, sino que no resultan articuladores de la vivencia de la fe, no proporcionan la savia cotidiana que riega el transcurrir de la vida de fe.

La cruz tiende a leerse como el fracaso del proyecto de Jesús, o bien como la

señal inequívoca y constante de la presencia en la historia de las fuerzas que se oponen al reino de Dios. Pero resulta difícil considerar que en ella es donde realmente se da la victoria y se expulsa definitivamente al Príncipe de este mundo (Jn 12,31). No cabe duda de que la asimilación de la cruz en la vida del cristiano es un asunto nada baladí y siempre pendiente. Sin embargo, si se da una presencia de la misma es más fácil integrar los fracasos en el camino del seguimiento como algo que me vincula más al Señor, a quien se ha decidido seguir «en la pena y en la gloria» (Ignacio de Loyola).

La resurrección sana y regenera las energías misioneras. A pesar de que el Resucitado no presenta ningún proyecto concreto más allá de la comunicación de la buena noticia de que está vivo y vivifica; sin embargo, saberlo y experimentarlo genera un gran dinamismo. Pues el Resucitado nos asegura que Dios estaba con Jesús de Nazaret hasta en los momentos en que se cometía la mayor ignominia de la historia, crucificando como un malhechor al Santo de Dios; que Dios no le dejó perecer definitivamente triturado por las fauces de la muerte y que él, constituido en Señor y Juez, tiene poder para llevarnos a su gloria y a su descanso. Por eso, el Resucitado genera a la vez un gran dinamismo misionero y un gran descanso: Él será quien venza y quien nos guíe, gracias al don de su mismo Espíritu.

En las experiencias vocacionales genuinas, especialmente en sus comienzos, cuando la gracia inunda de modo desbordante, se pide una gran generosidad al vocacionado. Ahora bien, esta generosidad no engendra prometeísmo: una confianza en las propias fuerzas, una exigencia que quiebra al sujeto; porque la llamada está bañada por el amor y la confianza en el Aquel que no falla. Sin embargo, en una línea de seguimiento en que prima el proyecto (la causa de Jesús), sin que tal proyecto esté guiado, sostenido, alentado y acompañado por el Señor del proyecto (el Jesús de la causa, el Resucitado) se corre el riesgo de caer en el prometeísmo, que crea estrés, frustración y quema a las personas<sup>11</sup>.

La devoción a Jesús perfora los acontecimientos de la historia de Jesús para contemplar en ella su amor por nosotros. Así, la Cena y la Cruz provocan la devoción, pues se perciben como escenas densas de amor que se desborda, se dona y se derrama. La devoción a Jesús contempla sus heridas y sus llagas como las marcas de su amor por la humanidad, por mí; percibe que ellas cargaron con nuestras culpas, liberándonos de ella. La devoción a Jesús sabe que este amor no ha sido inútil, sino vencedor, y que, por eso, nos sostiene, aguarda y espera<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Cf. G. URÍBARRI, *El mensajero*, 101-111.

<sup>12</sup> Estos aspectos cobran relevancia en la devoción al Sagrado Corazón; cf. J. STIERLI

### Aparato conversacional

Mirando desde otro ángulo, lo que los sociólogos llaman el «aparato conversacional», es decir: la forma normal de hablar, los temas que surgen, los sobreentendidos que se manejan, resulta siempre muy interesante en un grupo. Por ejemplo, entre los inversores financieros se habla de una manera y entre los alumnos de otra: los temas, los giros, las preocupaciones compartidas, los ideales que no hace falta explicitar, hacen que el lenguaje discurra con normalidad.

¿Qué ocurre con el aparato conversacional de algunas comunidades cristianas? ¿Cuáles son sus temas «normales»? ¿Entra dentro de ellos la devoción expresada al Señor Jesús o eso se deja para la liturgia, para los momentos de intimidad orante, para el acompañamiento espiritual? ¿No supone una cierta erosión de la fe en el Señor Jesús que dicha fe no se exprese con normalidad y de modo explícito y confesante en el aparato conversacional?

Recuerdo una mujer musulmana, barcelonesa, que participó en una mesa redonda en la universidad sobre «mu-

---

(ed.), *Cor salvatoris*, Herder, Barcelona, 1958; R. VEKEMANS (ed.), *Cor Christi. Historia, teología, espiritualidad y pastoral*, Instituto Internacional del Corazón de Jesús, Bogotá 1980; I. DE LA POTTERIE, *Il mistero del cuore trafitto. Fondamenti biblici della spiritualità del Cuore di Gesù*, Dehoniane, Bologna, 1988.

jer y religión». Cada vez que mencionaba el nombre de Mahoma, lo acompañaba de una expresión reverente y una especie de jaculatoria en árabe que no comprendí. Para ella se trataba de algo sagrado, que no podía nombrar sin el máximo respeto. Evidentemente nuestra fe no nos sitúa obligatoriamente en esa tesitura. Ahora bien, ¿cómo, cuándo y con qué frecuencia expresamos esa reverencia del corazón? Lo que no se exterioriza y expresa corre serio peligro de desvanecerse. La devoción a Jesús necesita concretarse en palabras, en gestos y en símbolos, necesita exteriorizarse en modos y formas concretas, personales y comunitarias. No caigamos en la ingenuidad de creer que somos simples espíritus puros, mera subjetividad trascendental, que no necesita de mediaciones corporales<sup>13</sup>, cotidianas y simples. Nuestra propia carnalidad lo desmiente de inmediato, pues nuestra primera expresión de nosotros mismos es nuestro semblante, nuestro rostro: triste o alegre, cansado o animoso, relajado o ansioso, etc.

### Géneros literarios

La devoción, finalmente, se expresa con mayor rotundidad en la vida de oración, en la que de un modo explí-

---

<sup>13</sup> Cf. P. Deseille, «Jeûne», en *DSp VIII* (1974) c. 1164-1175, esp. 1174, con referencia a P.-R. Régamey, en *Redécouverte du Jeûne. Sâjese du corps*, Paris, 1959, 137-142.



---

## La devoción a Jesús y la singularidad de su humanidad

cito se entra (o se pretende entrar) en comunicación con Dios. Ante un Jesús que es Señor, que es mi Dueño, que es el Hijo de Dios que por mí se encarnó y dio su vida por mí, surge un registro amplio de géneros literarios con los que dar cauce a toda la gama de situaciones que el creyente vive ante Él y con Él: la contemplación embobada y deleitosa, la alabanza exultante, la acción de gracias rebotante de regocijo, la petición de perdón compungida, el silencio en adoración reverente, la petición confiada, la pregunta abierta y disponible por su voluntad. El registro es rico y variado y supone un afinarse y arraigarse en el Señor y desposeerse.

Si la devoción a Jesús no está muy presente lo primero que sucede es que el registro se recorta y se empobrece. Difícilmente se da cauce a la alabanza, a la adoración, a la acción de gracias, a la petición de perdón. Jesús deja de ser un intercesor, un mediador entre Dios y los hombres (1Tim 2,5). En sus grados más bajos, Jesús es un ejemplo que estimula, un profeta valiente que espolea, un hombre que osó abrir una senda por la que todavía merece la pena caminar, pero ya no es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

### Confirmación

A modo de ligera confirmación, otros autores han formulado observacio-

nes congruentes con las que yo he hecho, si bien su diagnóstico no coincide en todos sus términos. El Cardenal Ratzinger en 1995 terminaba así unos párrafos de introducción retrospecti-

---

*donde la manifestación  
exterior se atenúa y se  
adelgaza es porque se da  
una debilidad interior  
en la vivencia*

---

va a la conferencia que tuvo durante los cursos de verano en El Escorial titulada Jesucristo, hoy:

«Nuestro peligro es... el de una cristología unilateral de la separación (nestorianismo), donde la atención centrada en la humanidad de Cristo va haciendo desaparecer la divinidad, la unidad de la persona se disgrega y dominan las reconstrucciones de Jesús como puro hombre, que reflejan más las ideas de nuestro tiempo que la verdadera figura de nuestro Señor»<sup>14</sup>.

Como se puede observar, la línea del diagnóstico confluye. Según el entonces cardenal Ratzinger, el peligro de la cristología actual no reside en escorarse hacia el monofisismo, como temieron lustros atrás K. Adam, J. A.

---

<sup>14</sup> J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca, 1999 (or. 1995), 18-19; ver tb. 32-35.

Jungmann y K. Rahner, sino hacia el nestorianismo<sup>15</sup>. Es decir, hacia una consideración de la humanidad de Jesucristo que no es capaz de mostrar cómo dicha humanidad es auténticamente la del Verbo encarnado. No cabe duda de que en su libro *Jesús de Nazaret* el actual papa ha intentado remediar esta situación, recalcando que el hombre Jesús de los evangelios es siempre el Hijo de Dios, y que no hay otro Jesús real distinto de éste. No extraña, pues, que en su libro el Papa haya prescindido de intentar una reconstrucción de tipo historicista sobre Jesús de Nazaret, escribiendo de modo deliberado otro tipo de libro sobre Jesús<sup>16</sup>.

### A modo de conclusión

No sé hasta qué punto habrá cristianos y comunidades que se reconoz-

---

<sup>15</sup> De un modo bastante semejante, los jesuitas: M. SCHNEIDER, *Teología como biografía. Una fundamentación dogmática*, Desclée, Bilbao, 2000, 37-38; R. F. TAFT, en V. GÓMEZ-OLIVER y J. M. BENÍTEZ, *31 jesuitas se confiesan*, Península, Barcelona, 2003, 264-265; y W. KASPER, «“Einer aus der Trinität...”». Zur Neubegründung einer spirituellen Christologie in trinitätstheologischer Perspektive», en ÍD., *Theologie und Kirche*, Matthias-Grünewald, Mainz, 1987, 217-234, 228.

<sup>16</sup> Cf. G. URÍBARRI, «El acceso a Jesús según Benedicto XVI», en *Sal Terrae* 95,7 (julio-agosto 2007) 603-608; ÍD., «Mirar al Jesús real. Claves del libro sobre Jesús de Benedicto XVI», en *Razón y Fe*, septiembre-octubre 2007, pp. 123-140

can a sí mismos perfectamente reflejados en este retrato robot. A pesar de todo, de un modo difuso, algunos de estos elementos me parece que están flotando de modo vago en ciertos ambientes, sin haber hecho explícitamente una opción consciente porque así sea, que incluiría una decisión a favor de renunciar u ocultar la devoción a Jesús. Todos estos factores apuntados tienen en común un adelgazamiento de la devoción a Jesús y de su expresión.

No comparto la opinión de que se puede dar una verdadera devoción a Jesús, sincera, fuerte, arraigada y constitutiva de la vida cristiana y, sin embargo, que apenas se exprese. En todo caso, si así fuera, resultaría una situación anormal y extraña, contra la lógica misma de la fe. Como si el creyente se estuviera autoreprimiendo para no exteriorizar lo que para él es fundamental y gozoso. Más bien sospecho que donde la manifestación exterior se atenúa y se adelgaza es porque se da una debilidad interior en la vivencia o, cuando menos, se ha de reconocer que la vivencia interna que no se expresa adecuadamente tiende a debilitarse y a ajustarse al grado de su expresión externa.

Si se da un adelgazamiento en algo tan central para la fe cristiana como es la devoción a Jesús nos hemos de preguntar por su razón de fondo. Tengo el barrunto de que los saluda-

---

## La devoción a Jesús y la singularidad de su humanidad

bles estudios sobre la historia de Jesús y el Jesús histórico nos han permitido recuperar muy a fondo su verdadera humanidad.

Cuando Rahner escribía en los años cincuenta<sup>17</sup> detectaba que la fe del cristiano veía de tal manera a Jesús como Dios que, aun manteniendo las afirmaciones del catecismo sobre su verdadera humanidad, era de hecho y en la práctica lo que técnicamente se llama monofisita. Según la herejía monofisita (monos = uno; physis = naturaleza) en Jesucristo se daría una única naturaleza: la divina. Es decir, según Rahner la presencia de la divinidad en la figura de Jesús era tan preponderante y remarcada que dejaba de lado su humanidad; ésta segunda, la humanidad, perdía protagonismo y relevancia.

Gracias a los estudios sobre la historia de Jesús, sobre el Jesús histórico, hoy somos bien conscientes de su verdadera humanidad: de sus amistades y enemigos, de su formación cultural, de las características típicas de su tierra natal, de las costumbres que había en su época, incluso de la evolución que se pudo dar en su proceso personal y en su conciencia mesiánica, hasta que se llegó, después de la pascua (muerte y resurrección), a la confesión cristiana explícita: Jesús de Nazaret es Señor (Kyrios).

---

<sup>17</sup> «Problemas actuales de cristología», esp. 208-209.

De ninguna manera puede la fe cristiana renunciar al valor sustantivo de esta historia. Los evangelios, con su material narrativo situado al comienzo del NT, marcan la pauta de lectura de comprensión y de la persona de Jesús. La historia de Jesús nos remite a su predicación del reino, que se ilumina desde su praxis histórica: relación con los pobres y marginados,

---

*la recuperación, saludable  
y afortunada, de la humanidad  
de Jesucristo no ha ido pareja  
de una comprensión  
simultánea de la peculiaridad  
o singularidad de dicha  
humanidad*

---

trato con las mujeres, comidas con los pecadores y publicanos, conducta sabática que escandalizaba, nueva interpretación de la Ley y crítica del Templo, enseñanza en un género literario tan sencillo como las parábolas, milagros de curaciones y exorcismos, llamada radical a su seguimiento, conflicto con las autoridades judías de Jerusalén, etc.

Todos estos factores, que forman parte sustancial de la predicación y la praxis de Jesús, son sustanciales para entender su persona (quién es) y su destino (por qué murió y quién

resucitó de entre los muertos). Jesús no habla de Dios y su reino en las nubes, sino que lo encarna y manifiesta con opciones concretas. El mejor conocimiento de su ministerio, a modo de recuperación de los misterios de la vida de Cristo, ha sido una ganancia sobre la que no debería haber vuelta atrás. En la historia humana de Jesús se revela el rostro de Dios Padre.

Sin embargo, tal recuperación, saludable y afortunada, de la humanidad de Jesucristo no ha ido pareja de una comprensión simultánea de la peculiaridad o singularidad de dicha humanidad. Ciertamente Jesús es uno de nosotros, pues se trata de una persona humana que ha vivido en un momento concreto de la historia, en un lugar determinado geográficamente, que ha aprendido una serie de lenguas (arameo, muy probablemente hebreo, quizá algo de griego), pero, y esto que sigue en mi opinión no está suficientemente bien divulgado ni forma parte explícita de la conciencia creyente hoy en día de muchos grupos y comunidades, no es uno cual-

quiera, uno más de entre nosotros. ¿Cómo nos habría podido salvar si fuera, sin ulterior cualificación, simplemente uno más de nosotros? Si Jesús pasa a ser sin más uno más de nosotros, entendiendo así la afirmación del dogma del concilio de Calcedonia (451) que recalca la verdadera humanidad de Jesucristo, la devoción a su persona no tiene mucho sentido. Parece más lógica la admiración de su lucidez y su coraje, la fascinación con la belleza de su proyecto, el entusiasmo por continuar su obra dejándose inspirar por su estilo y sus actitudes<sup>18</sup>. La devoción, no obstante, se sitúa en otro registro y exige otra aproximación: la comprensión de la que la humanidad de Jesús de Nazaret es la del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación<sup>19</sup>, como reza el credo (DH 150). ■

---

<sup>18</sup> Cf. G. URIBARRI, *Reavivar el don de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1997, 33-41.

<sup>19</sup> Cj., por ejemplo, el espléndido artículo de K. RAHNER, «Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios», en ÍD., *Escritos de Teología III*, Taurus, Madrid, <sup>3</sup>1968, 47-59.